

JOSE MIGUEL DE AZAOLA

NUEVE POEMAS

El romance del Tilo del Arsenal

(Escrito cuando aún estaba en pie,
y dedicado a Pedro Mourlane Michelena).

Arbol con nombre de plata
y alma de templado acero:
urbano bosque individuo:
recio, viejo, sabio y serio:
tu presencia nos repite
con gracejo y són de cuento
el mensaje que, en tus hojas,
dejó escrito el ochocientos.
Guardas chistera y levita
en gigantesco ropero;
chapurreas el inglés
y el francés; eres soltero,
comilón, liberalote,
católico y financiero;
fletaste para La Habana

gallardo vapor-velero
con calderas de ambiciones
y arboladura de sueños;
bajo tus ramas, la Bolsa
vivió sus años primeros
estableciendo, a tu sombra,
cambios y tantoporcientos;
embajador de los campos,
tu verdura y tus jilgueros
poetizaron el urbano
amor de nuestros abuelos.
Eres casto, y mucho aprecias
de Rioja el licor bermejo,
las angulas de la Isla
y el bonito de Bermeo.
Oyes todos los domingos
misa mayor y concierto:
tilo espiritual, plantado
frente a un quiosco, junto a un templo.
Diputado a la ciudad,
buen ciudadano te has vuelto:
tilo burgués y educado:
venerable árbol señero
de vieja savia infanzona
y civilizado gesto.

A las iglesias del país vasco

Dedicado a mi llorado y buen amigo don Toribio Noáin
que gustaba de rezar en la parroquia de Oyarzun.

Madres fecundas de mi raza: graves,
góticas iglesias de mi Pirineo;
dulces en el seno de los tiernos valles;
gallardas en las cimas, desafiando al viento;
atalayeras del mar subidas a las rocas,
llamando con voz de bronce al marinero;
señeras sobre las villas apretadas
como nidada en torno vuestro.

Negras ojivas de mis altas naves
siempre rumbo al cielo;
grises, redondos campanarios barrocos,
dueños del silencio.
Piedras hechas plegaria de los siglos,
cimiento del alma de mi pueblo;
tendidas hacia Dios con sed de altura
y tenazmente hincadas en el suelo.

Broncas iglesias de desnudos muros
cerrados al cierzo,
abriendo solamente al mediodía
dos o tres ventanales austeros:
no violan la noche de vuestras capillas,
con risas policromas,
los rayos de luz disparados del cielo.
Adustras, macizas, sufridas columnas,
recias como el ánimo de mis bisabuelos.
Asperos, escuetos, grávidos sillares,
toscos como el habla de nuestros labriegos.

Sólidos portales: foro, teatro y cátedra
de la vida civil de los siglos que fueron.
¡Nobles construcciones, alma, sangre y médula
de mi viejo pueblo!

Bajo vuestras bóvedas ¡cuántas confesiones,
cuánto desengaño, cuánto triste ruego
tuvo su sepulcro!

Bajo vuestras losas ¡cuánta carne y hueso
yace para siempre!

Así, un año, y otro, fueron sepultándose
en vuestra penumbra,
las almas primero, tras ellas los cuerpos;
para, allí encerrados, viajar hasta Dios
surcando el océano del tiempo.

.....

Grisáceas iglesias de mi tierra vasca;
a la madrugada, bebiendo el silencio,
subiré a la sierra
trepando por blancos senderos;
y desde una cumbre podré contemplaros
vestidas de niebla bajo los luceros,
en tanto las nubes se tiñen de sangre
pariendo, callades, al día de nuevo;
y allí, bendeciros en acción de gracias:
¡madres de mi raza, sostén de mi pueblo,
alma de mis valles, reinas de mis montes,
góticas iglesias de mi Pirineo!

El molino viudo

Canción

(Música de Sabino Ruiz-Jalón)

¡Qué callado está el molino,
molino sin molinera,
la rueda tiesa en el aire,
clavada en el agua quieta!
(Dentro, el molinero pardo
que no puede con su pena).

¡Qué recuerdos de otros días:
días de música y de fiesta:
cuando el molino giraba,
el que hoy duerme larga siesta
con su molinero pardo
muriéndose en él de pena!

¡Qué canciones las del agua
saltando bajo la rueda;
qué risas del molinero
todo blanco en su faena
—de ese molinero hoy pardo
que no puede con su pena—!

¡Qué densa filosofía,
la que rumiaba la piedra;
qué flor, el cuerpo garrido
de la alegre molinera;
qué feliz el molinero!
¿Quién pudo querer su pena?

Sin flor, sin cantos, sin risa,
olvidado de su acequia,
llora el molinero pardo
y es el silencio su lengua.
Y calla el molino viudo,
molino sin molinera.

Viajero por España

Sobre tu piel de toro, España mía,
peregrino devoto sin cansarme,
y te abres toda tú para entregarme
la esencia de tu entraña en rebeldía.

Pedazo tuyo soy; españolía
palpita en mí: contigo he de encumbrarme
o contigo, mi España, despeñarme
—fraternidad sangrando al mediodía—.

Tus urbes en su estruendo rumoroso,
tu mar en sus murmullos, y tu tierra,
tus catedrales y tus campesinos

en su silencio incuban un ansioso
grito audaz. ¡Y lo que ese grito encierra,
es lo que busco yo por tus caminos!

Otoño

A José María Lozano.

Bajo el dorado mar de los castaños,
el valle duerme aún; tiembla el rocío
sobre el helecho; en cúmulos extraños
se restriega la niebla contra el río.

Entre la calma espesa, los rebaños
se esparcen con pausado señorío;
el viento, dando giros como engaños,
va en hojas secas a arropar su frío.

Inmóvil cielo opaco. Muy lejana,
de vez en vez, la queja de una esquila.
Paz húmeda en la tierra soñolente.

Ni pájaro ni insecto en la mañana.
Desde el silencio, al alma que vigila,
habla la voz de Dios solemnemente.

Insonnio

A Roberto de Urquiola.

Del reló van brofando las horas una a una
(¡cómo me suena a hueco su caer compasado!
otras habrá mañana que llenar...), y me cuna
la nana cronométrica con su ritmo apurado.

Irrumpe luz (la estancia se tiñe de aceituna,
y tirita entre guiños el cristal escarchado):
bobalicona y pálida, remaneció la luna
jugando al escondite sobre el cielo nublado.

¿Qué parturientas pierden sus gritos en ti, noche;
mientras, donde eres día, con ruidos y colores
te engalanas?... Callada, devoradora tumba

de risas y de llantos: solemne, negro coche
mortuorio donde viajan placeres y dolores:
¡tú me arropas, y dentro de mí la vida zumba!

Vivo de sed

¿Cuándo tronará dentro de mí, Señor,
el estampido de tu enorme silencio;
y el día de tu oscuridad se hará en mi alma;
y abríraseme tu mano: indecible abanico
de posibilidades a cuál más portentosa?

Recíbeme en tu calma preñada de alborotos,
refugio reservado a los intrépidos:
duro lecho, en que el varón entendimiento
fertiliza bellezas sin jamás descansar:
soledad donde se siente mejor la compañía
irrenunciable de cuanto ríe y sufre
y se agita en la tierra, o se está quieto,
pues que allí se nos hace el mundo sangre y alma,
y el ser todo se vuelve a las hermanas cosas
para abrazarlas ilimitadamente
llorando por su nombre a cada una de ellas:
honda diafanidad sin ayer ni mañana,
en donde las palabras se encuentran a sí mismas
al brotar de la mente armadas, como Atena,
centelleando bajo el sol de la inteligencia,
pesando cada cual lo que su objeto, y más que él
(como si un dios viviera en tu interior, prestándote
su divina virtud, ¡oh palabra!).

Lago de redondeces infinitas,
manantial de ti propio,
en el que todo cae, y nada flota,
y nada llega al fondo, y todo es cierto,
y es debate el sosiego, y la vida
se desnuda muy despacio de misterio:
muy despacio se desnuda... muy despacio...
sin jamás terminar...: ¡qué sed te tengo!

¡Vivo, Señor, de sed de tu silencio!

De noche

Tú, noche, y yo: aquí solos. Cara a cara.
Aquí, tú y yo. Y en medio, Dios. Y nada
tras de nosotros. La verdad: yo existo
y es de noche. Tú y yo. Y Dios. Y nada.
Ensueño... Plenitud... Pálpito intenso...
¡Nada de eso! ¡Ya basta de palabras!
Tú y yo, noche. Los dos: carne y silencio,
combate y paz. Y Dios. Y luego, nada.

¿Hasta cuándo?

Cárcel de vidas es el pecho mío.
¡No miento! ¡es la verdad!
Aquí las llevo
y no puedo contarlas,
como no pueden contarse los luceros.

Quiero romperme de una vez, librarlas
con un grito, verlas ir, y morir luego.
Pero, antes de morir, ¡por Dios!, soltarlas todas:
verlas abandonarme en tropel y cantando
como en mi interior cantan: como truenos.

(¡Que hay que saber lo que es, un día, y otro, y otro,
llevarlas a cuestras,
cantándome, rugiéndome aquí dentro!)

Lo de afuera me acosa, intempestivo,
con sus urgencias de guardarropía;
pero ¡inútil! ¡estoy sordo! ¡no oigo nada!
¡nada me deja oír mi propio estruendo!

* * *

¡Qué dolor, éste de sentirse lleno
de ti, canto inmenso
que me asfixias, me agrietas, me ensordeces;
que nadie puede oír, si no soy yo;
y no saber, no acertar a librarte!

* * *

¡Rásgame de una vez, Señor: de abajo arriba!
¡rásgame entero,
y que, al besar el sol mi entraña abierta,
huya de mí la vida: pues que toda
mi vida es este mundo alborotado
—impaciente por salir de mí— aquí dentro!

Pero pronto, Señor: ¡rásgame pronto!
¡No tarde más mi hora! ¡Abreme luego!

.....

¿Hasta cuándo:
hasta cuándo, Señor, este tormento?

